

Newton Compton Editores

Título original: *Der Buchbändler*

© Aufbau Verlage GmbH & Co. KG, Berlin, 2022. Published with Rütten & Loening; Rütten & Loening is a trademark of Aufbau Verlage GmbH & Co. KG

© 2025, de la traducción por Jesús Jiménez Cañada

© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-99-7

Código IBIC: FA

DL: B 16.338-2024

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Endoradisseny

Impreso en febrero de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Petra Johann

El caso del librero Erik Lange

Traducción de Jesús Jiménez Cañada



Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

Prólogo

Las pausas entre cada golpe eran cada vez más largas, pero el hombre que colgaba de la viga de soporte de madera del viejo granero apenas lo notaba. Todo el cuerpo le ardía de dolor, como si estuviera en llamas, y hacía tiempo que había dejado de contarse las heridas. Suponía que tenía varias costillas rotas, quizá también la mandíbula y un pómulo. Temía haber sufrido lesiones internas por los golpes en el epigastrio. La sangre manaba constantemente de una herida abierta en la frente y le cubría el ojo izquierdo. Aunque parpadeaba, no veía más que estrías rojas. Ya no podía abrir el otro ojo, de lo hinchado que lo tenía.

Otro golpe lo alcanzó en la mandíbula. Su cabeza salió despedida hacia un lado.

—¿Dónde está? —Cada golpe venía acompañado de esa pregunta—. ¿Dónde está? Dime dónde está.

El hombre no respondió. No habría podido hacerlo aunque hubiera querido. La sangre se le acumulaba en la boca más rápido de lo que podía escupirla. Además, ya le habían saltado dos dientes.

Otro golpe. Veía bailar estrellas ante sus ojos mientras luchaba desesperadamente por no perder el conocimiento. Sospechaba que, si se desmayaba, ya no regresaría de la oscuridad. Su última voluntad de vivir se extinguiría junto con su consciencia y moriría allí.

Pero no quería morir. Allí, no. En aquel momento, no. Hubo un tiempo en que había querido rendirse. En cambio, había luchado contra el monstruo y lo había derrotado. Lo había hecho todo bien. No había fracasado. Así pues, ¿cómo había acabado allí?

Otro golpe lo hizo gemir. La sangre le salía por la boca y le corría por la barbilla.

—¿Dónde está?

–No lo sé –intentó susurrar, pero emitió un gorgoteo.

–¿Qué le has hecho?

De repente, su verdugo se colocó tan cerca de él que pudo sentir su respiración jadeante. Su miedo se duplicó. Quería rogarle que se detuviera, pedir clemencia por su vida, pero lo único que consiguió fue otro borboteo. Empezó a llorar. Las lágrimas brotaron de sus ojos y se mezclaron con la sangre. Con gran esfuerzo, el hombre abrió el ojo izquierdo y por un momento pudo ver con claridad. Miró directamente a la cara de su verdugo. Vio en ella odio y miedo, tan grandes como los suyos propios. Entonces vio otro puño que volaba hacia él y perdió el conocimiento.

El hombre emergió de la oscuridad de la inconsciencia, volvió a sumergirse en ella y emergió de nuevo. Ante sus ojos pasaron imágenes coloridas en destellos espasmódicos. Lugares y rostros familiares. Retazos de memoria. Su padre llevando una caja de libros a la librería. Su madre inclinada sobre las cuentas. Su hermana Klara, abofeteando al alumno de séptimo que lo había llamado «serpiente cuatro ojos». Su mejor amigo, Ralf, marcando el punto decisivo en voleibol y levantando la mano para chocar los cinco.

El hombre sabía lo que significaban esos recuerdos. ¿No se dice que, cuando uno muere, toda la vida pasa por delante de los ojos? Así que había llegado el momento.

Lo siguiente que vio fue a Tamara besando a un tipo; luego, desnuda debajo de él; luego, con los ojos muy abiertos en la sala de partos. Joelle, Joelle una y otra vez. Ensangrentada, diminuta y gritando con todas sus fuerzas en señal de protesta por haber sido arrancada del cálido útero de Tamara. Luego, tranquilamente envuelta en una suave toalla en sus brazos. Joelle, orgullosa, con su mochila del cole. Tierna, con su caballo de acogida. Desesperada, en el momento en que él le dice que tiene que marcharse...

No tendría que haberla abandonado nunca. No tendría que haber dejado que Tamara lo echara. No tendría que haberse mudado a ese maldito lugar.

Las imágenes pasaban ante él cada vez más rápido. ¿Sería porque se acercaba al final? El rostro quinceañero de Joelle desapareció

y fue sustituido por el de una niña. Ojos saltones de color marrón tras unas gafas gruesas. Una nariz ensangrentada. Un brazo infantil con moratones. Las marcas se transformaron en dos ojos de color azul brillante.

No, no tendría que haber ido allí.

PARTE I

Erik

SE TRASPASA LIBRERÍA EN NEUKIRCHEN.

Pequeña ciudad de 10.000 habitantes.

Única librería local.

80 m² de superficie de venta.

Facturación estable > 400.000 €/año.

Muchos clientes habituales.

Contacto a través de...

Tres días después de leer el anuncio, me dirijo por primera vez a Neukirchen, si bien el viaje está gafado desde el principio. Primero, salgo demasiado tarde porque Klara aparece de improviso para volver a decirme que es una idea descabellada («Ya encontraremos otra solución»). Más tarde, en vista de que no cedo, me entrega su navegador por satélite («Teniendo en cuenta tu sentido de la orientación, te perderé para siempre»). Después, un atasco me frena y, por último, una obra me obliga a tomar un desvío mal señalizado que termina justo ante una segunda obra. Reprogramo el navegador de Klara, doy la vuelta a mi Opel Corsa y continúo. Cuando me desvío en una rotonda por la carretera de un solo carril que Bruce Willis (elección de Klara) me dice que tome, son las tres menos diez y estoy bastante nervioso. Según el navegador por satélite, el trayecto durará otros ocho minutos, pero odio llegar por los pelos a cualquier cita.

La carretera serpentea por un ralo bosque mixto. Es febrero, los árboles están desnudos, la luz del sol se filtra entre los troncos. La vista me relaja un poco, al contrario que el estado de la carretera, que se vuelve más estrecha y llena de baches. ¿Seguro que no me he equivocado de sitio?

Echo un vistazo al navegador. No comparto mis dudas. La flechita roja que indica mi posición está exactamente en la ruta de color azul claro. Sin embargo, la sección de imagen es demasiado pequeña para mostrarme si esa ruta conduce realmente a mi destino o al infierno o a una de las otras diez comunidades llamadas Neukirchen que existen en Alemania.

Me inclino hacia delante, doy un golpecito en el navegador para alejarme del mapa y entonces ocurre: algo parpadea en el rabillo de mi ojo derecho. No veo mucho más que un movimiento amarillo y piso el freno. No iba muy rápido, pero el cinturón me tira hacia delante y luego hacia atrás. Me quedo inmóvil un segundo, me quito el cinturón, abro la puerta del conductor y corro alrededor del coche. Justo delante de la rueda delantera derecha hay un niño con una sudadera amarilla.

¡Mierda! ¿Lo he arrollado? ¿Por qué no he sentido el impacto?

El niño está quieto, pero levanta la cabeza cuando me acerco y me mira con ojos marrones un tanto saltones.

—¡La carretera es para vehículos forestales!

En realidad no es un niño. Se trata de una niña de unos diez u once años, con una voz fuerte a pesar de la situación. Se me quitan toneladas de peso de encima.

La niña hace un esfuerzo por levantarse, pero le tiendo la mano.

—Espera, primero deberíamos ver si estás herida. ¿Te duele algo?

—No es asunto tuyo. —Me aparta la mano de un manotazo y se levanta—. Estoy bien.

—Estás sangrando por la nariz y tienes las rodillas raspadas.

—Ya estaban así antes.

Mi alivio se evapora. Es evidente que la niña se encuentra en estado de *shock*. ¿O quizá tiene una conmoción cerebral?

—Te he atropellado —le explico con suavidad.

Ella niega con la cabeza. Salpican gotas de sangre en todas direcciones.

—No es verdad. Me he resbalado. Pero porque me asustaste —añade en tono acusador. Y luego repite—: El camino es para vehículos forestales.

El comentario parece importante para ella.

–No lo sabía. Siento haberte asustado. ¿Quieres que le eche un vistazo a esa nariz?

–¡No me toques!

–Claro que no, si no quieres, pero... –Estoy un poco perplejo. En realidad, su reacción es sensata; también le he dicho a Joelle una y otra vez que no deje que se le acerquen desconocidos, sobre todo varones. Sin embargo, no parece que la nariz le vaya a dejar de sangrar por sí sola–. Al menos, déjame darte un pañuelo. –Meto la mano en el bolsillo del pantalón, pero ella no espera.

–No lo necesito. –Se limpia la nariz con la manga amarilla de la sudadera y sale corriendo por el sendero del bosque.

Yo la sigo con la mirada. Una niña extraña. Sola en medio del bosque. ¿Y de dónde vienen la hemorragia nasal y las rodillas raspadas? Miro a mi alrededor. Mi mirada se posa en una cruz de madera junto al camino. Delante hay un tulipán fresco, ligeramente aplastado. Según la inscripción, la cruz está dedicada a una tal Renata, fallecida hace un año, en abril. ¿Será familiar de la niña?

Vuelvo al coche y sigo conduciendo despacio, para que la niña no piense que la sigo.

Dos semanas después, me encuentro en el mostrador de la librería Brandl, en la plaza del mercado de Neukirchen, tratando de explicarle a una señora mayor con un despeinado moño gris que no puedo hacerle un descuento a un libro de tapa dura solo porque el plástico que lo envuelve esté roto. Aunque nunca antes he visto a esta mujer, sospecho que tengo ante mí a Marga Grandauer, de la que ya me ha hablado Georg Brandl.

Georg Brandl y yo llegamos a un acuerdo en nuestra primera reunión. Me haré cargo de su librería el 1 de abril, pero trabajaré en marzo para que él pueda instruirme y presentarme a los clientes. Lo último es más importante para mí que lo primero. En los últimos años, he trabajado en la librería de mis padres y sé por dónde van los tiros. Pero, en una comunidad de diez mil personas como esta, una buena conexión con la gente local es crucial para la supervivencia de cualquier empresario. Y puede que Georg Brandl no conozca personalmente a todos los neukirchenses, pero sí conoce

a la mitad. En los últimos tres días me ha hablado tanto de la gente de aquí que podría soltar como un loro los árboles genealógicos de la mayoría de las familias. Marga Grandauer es la viuda de un urólogo que insiste en que la llamen doctora, y que como un verdadero Sherlock Holmes es capaz de encontrar un pelo incluso en la sopa más clara. Generalmente sale de casa para infundir miedo y terror a sus semejantes. Su meta final en la vida es no pagar jamás el precio completo de nada.

–Lo siento –intento de nuevo–. No puedo hacerle ningún descuento. La limitación del precio de los libros lo impide. –¡Y el sentido común!

–Pero la limitación del precio del libro no se aplica al envoltorio.

–Es cierto, pero el precio se refiere al libro. El envoltorio es gratis.

No es la primera vez que se lo explico ni será la última. Cinco minutos después se despide al fin sin haber comprado el libro. Dudo que quisiera leerlo, así que me dirijo a la cola de clientes que esperaban y seguían la conversación. Vendo a un joven padre de aspecto trasnochado, con un cochecito de gemelos, la guía para dormir bebés que había encargado; a una estudiante de primaria, el libro secreto de hechizos de Sternenschweif; y también le doy alguna recomendación a una nerviosa mujer de cuarenta años que busca un regalo para una «amiga exigente y que entiende de literatura». Entonces, la tienda se vacía; yo respiro profundamente y siento una extraña sensación de calma extenderse dentro de mí. Apenas puedo recordar la última vez que respiré hondo. Durante los últimos dos meses, con el ultimátum de Tamara en el cuello, he tenido una sensación de asfixia todo el tiempo, y los últimos catorce días han sido tan movidos que apenas he podido dormir. El papeleo de la adquisición; las acusaciones de mis amigos de que estoy loco por cambiar mi vida de la noche a la mañana; la mudanza al pequeño apartamento que está encima de la librería; la dolorosa despedida de Joelle...

Pero no quiero pensar en eso, prefiero echarle un vistazo a la librería. Me gusta lo que veo. Las estanterías de madera que se extienden por las paredes. Las dos columnas de ladrillo que sostienen

el techo abovedado. La raída alfombra azul. Los nichos que le dan a la tienda una comodidad inigualable, y probablemente el sueño de todo ladrón de tiendas. Ya me gusta mi futuro negocio, y lo que no me gusta lo cambiaré poco a poco, empezando por eliminar los muertos de las estanterías de arriba, que llevan años acumulando polvo. Especialmente, en la sección doméstica.

Empujo el banco escalera frente a la estantería en cuyo borde inferior hay mapas de senderismo de los alrededores, y tomo al azar un libro de la fila superior. Se titula *Una pequeña historia de Neukirchen* y ha sido escrito por el director del museo de historia local. Lo abro, echo un vistazo a la primera frase y me estremezco. La frase se extiende a lo largo de diez líneas, tiene cuatro niveles y presenta a siete personas con nombre completo. Solo un profesor de alemán masoquista leería algo así voluntariamente. Cierro el libro cuando escucho una voz.

—¿Cuántos libros hay en esta tienda?

Me sobresalto. Habría jurado que estaba solo. Con el libro en la mano, miro hacia abajo, directo a un par de ojos marrones, agrandados por gruesas lentes. Pertenecen a una niña cuya cabeza está a la altura de mis muslos.

—¿De dónde has salido? —le pregunto, cortante.

—De ahí. —La muchacha señala con el dedo índice el rincón de lectura de la parte trasera de la tienda, formado por dos sillones viejos y deslucidos, protegidos por una estantería—. ¿Es que no lo sabía?

—No.

Me mira fijamente.

—Pero debe saber cuánta gente hay aquí. Podría haberme encerrado.

—Por suerte, no ha sucedido.

Su mirada se mantiene firme. Se le da bien poner una expresión severa. Tiene unas densas cejas de color marrón oscuro que se unen sobre su nariz.

—Usted es el sucesor —dice.

—¿Del señor Brandl? Sí.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

–¿Por qué quiere comprar la librería? Mi madre dice que solo los idiotas se hacen cargo de librerías hoy en día.

Madre encantadora, hija encantadora. Pero la madre tiene razón.

–Entonces soy un completo idiota. Y ahora tengo que seguir trabajando. –Devuelvo la pequeña historia de Neukirchen a la estantería.

–Dígame primero cuántos libros hay.

–¿Cuántos libros hay?

–En esta tienda.

–No lo sé.

Otra vez la mirada dura.

–Pero tiene que saberlo si ha comprado la tienda.

–No tengo que hacerlo. –Todavía no. No hasta después del inventario, que está por venir junto con la remodelación.

–Claro que sí. El señor Brandl me dijo que le preguntara.

«Bueno, muchas gracias, señor Brandl», pienso, y entonces me doy cuenta de una cosa. En sus extensas explicaciones sobre las biografías de Neukirchen, Georg Brandl también mencionó a una tal Pauline, una niña de diez años abandonada por su padre que frecuenta regularmente las tiendas de la plaza del mercado y que es un poco pelma.

–¿Eres Pauline?

Ella asiente y yo la miro más de cerca. No es una niña bonita. Cabello castaño oscuro y desgredado, los ojos saltones detrás de las gruesas gafas, ese par de cejas. Además, estricta mirada de institutriz. La mirada me resulta familiar, y finalmente lo recuerdo.

Me bajo del banco.

–Eres la niña del bosque. Casi te atropellé.

–¿Era usted?

–¿No me reconoces?

–No llevaba gafas.

Lo cual es probablemente la razón por la que tampoco la he reconocido al momento. La otra es que ya no sangra por la nariz.

–¿Está bien tu nariz? –Pauline asiente–. Muy bien. Bueno, encantado de conocerte, Pauline.

Sin embargo, no me deja escapar tan fácilmente.

–¿Cuánto cuesta la tienda?

En las próximas semanas conozco a muchos más clientes habituales, y Pauline también viene regularmente, aunque no para leer, sino para seguirme por la tienda y atosigarme con preguntas, preferiblemente aquellas cuyas respuestas no son asunto suyo («¿Tiene esposa?, ¿tiene hijos?, ¿hermanos?, ¿cuántos años tiene?, ¿por qué se ha mudado a Neukirchen?, ¿de dónde?»). Pauline solo me ahorra sus visitas durante las dos primeras semanas de abril, cuando cierro la librería para realizar algunas reformas, pero el día de la reapertura, un sábado, ella es la primera en irrumpir por la puerta de la tienda para criticar el cambio en la disposición de las secciones y decirme que no le gusta el nuevo mostrador. Probablemente criticaría aún más cosas, pero eso es lo único que he cambiado, pues no tengo dinero para nada más.

Afortunadamente, los otros invitados a la ceremonia de apertura no parecen compartir su opinión. A las diez y media, la librería está llena. Numerosos neukirchenses acuden a las estanterías, toman copas de cava y zumo de naranja, comen patatas fritas y palitos salados. Hay un poco de confusión sobre la reorganización de los departamentos, entusiasmo por la sección de *thrillers* y misterio, que ha crecido considerablemente, y muchos elogios hacia el nuevo mostrador. Hacia las once de la mañana aparece la alcaldesa; el reportero del periódico local –lo ha contactado Georg Brandl– toma algunas fotografías, y, después, la afluencia de clientes se desvanece. Cojo un vaso de zumo de naranja y brindo con Christa Baumann, mi única empleada, que he heredado de Georg Brandl, cuando escucho una voz impaciente a mi espalda.

–¿Dónde puedo encontrar la literatura en inglés?

Me doy la vuelta. Delante del nuevo mostrador hay una mujer alta y delgada, de unos cuarenta años, vestida con un abrigo entallado de color rojo fuego. Tiene el pelo corto y asimétrico, la clase de corte que probablemente se peinará con una escuadra, y fríos ojos grises.

–Hola. ¿En qué puedo ayudarla? ¿Puedo ofrecerle una copa de cava, para celebrar el día? –Cojo una copa llena y la sostengo ante ella.

–No tengo tiempo. Estoy buscando... –Se interrumpe y me mira

más de cerca. Es una mirada intensa, de apreciación, como si estuviera a punto de sacar una tarjeta de evaluación. Parece que le gusta lo que ve, porque su expresión irritada se desvanece y me sonrío—. ¿Por qué no? Si bebe conmigo.

Toma la copa y sus fríos dedos tocan los míos. Yo cojo una de las copas de cava sin alcohol y brindo con ella.

—Nora Vogt.

—Erik Lange.

—Ya lo sé. No espere dirigir una librería en un nido como este sin que cada vecino mayor de cinco años pueda deletrear su nombre. Ya era hora de que alguien limpiara el lugar. Dudo que Georg Brandl haya leído algo publicado después del cambio de milenio. —Vuelve a mirarme con intensidad—. Usted no es de aquí, ¿verdad?

—Soy de Altenstein.

—¿Y qué le trae por aquí?

Hago un movimiento con la mano que abarca la tienda.

Ella levanta las cejas.

—¿Ha venido a hacerse cargo de la librería? Pensaba que, hoy en día, las librerías estaban cayendo como moscas. ¿No ha encontrado ninguna en Altenstein languideciendo en su lecho de muerte?

No encuentro ningún comentario de buen gusto, pero esbozo mi sonrisa más amable de el-cliente-siempre-tiene-la-razón.

—Ninguna tan bonita. ¿Qué puedo hacer por usted? Puede encontrar la literatura en inglés aquí. —Me dirijo a la estantería correspondiente—. ¿Qué es lo que busca?

—Algo para mi hija. Está en cuarto de primaria y lleva dos años estudiando inglés. No es que aprenda mucho en la escuela, y pensé que tal vez podríamos acelerar las cosas. Pero no me venga con métodos de aprendizaje. Ya hemos pasado por eso. Tal vez... —Se interrumpe y luego levanta la voz—. Pauline, ¿adónde vas? —grita a través de la tienda.

¿Pauline? Sorprendido, sigo la mirada de Nora Vogt y veo a Pauline, mi pelma particular, dirigiéndose hacia la puerta de la tienda. Al oír el grito, se da la vuelta y pone cara de culpable. Con un gesto de la mano de Nora Vogt, la niña camina hacia nosotros con los hombros hundidos.

–Iba a salir. Hay un perro muy bonito atado delante de la tienda.
–No puedes irte sin avisar. Además, quiero que conozcas a alguien.
Señor Lange, esta es mi hija Pauline.

Pauline extiende la mano obedientemente.

–Buenos días, señor Lange.

Es tan buena que tengo que reírme. Y admito que estoy sorprendido. Nunca habría asociado a esa mujer elegante con esta tosca niña de diez años.

–Hola, Pauline. Me alegro de verte de nuevo.

Nora Vogt frunce el ceño.

–¿Ya os conocéis?

Quiero confirmarlo, pero Pauline se aleja medio paso de su madre, me mira fijamente y sacude la cabeza con fuerza.

–Bueno, es que...

Pauline sacude la cabeza con más fuerza y parpadea con ambos ojos. Entonces mira a su madre.

–Ya he estado aquí esta mañana, mamá, cuando estabas en la peluquería. Ya he hablado con el señor Lange.

–Ah, vale. Espero que no lo hayas molestado. –Nora Vogt me mira interrogante.

Le aseguro que Pauline ha sido realmente encantadora, pero no me siento cómodo. Entonces me distrae una llamada.

–¡Mamá, es Pauline!

Al momento siguiente, una niña se abalanza sobre nosotros y me deja sin aliento. Calculo que tiene nueve años y es tan guapa que casi duele. Ojos azul brillante, rizos de color miel que le caen por la espalda, una barbilla pequeña y redonda con un hoyuelo.

Entonces levanto la vista y me pregunto si he estado bebiendo champán en lugar de zumo de naranja toda la mañana, porque veo doble. Detrás de la niña, su copia viviente viene hacia nosotros. Es treinta centímetros más alta y veinticinco años mayor, pero tiene los mismos ojos azul brillante, el mismo pelo, el mismo hoyuelo. Incluso lleva ropa parecida: vestido azul, rebeca clara, botas.

Nora Vogt me toca el brazo.

–Erik, le presento a mi amiga.

Estoy tan impresionado por la belleza feérica que tengo ante los

ojos que no me doy cuenta de lo que dice Nora Vogt. Dos nombres, Viola y Theresa, pero no sé cuál corresponde a la madre y cuál a la hija. La hija dice un «¡hola!» fugaz y algo jadeante antes de apartar un poco a Pauline para decirle algo. La madre me estrecha la mano. La suya es cálida y suave, y yo retiro rápidamente la mía para que no note que estoy sudando. Dice algo que solo oigo a medias y luego me mira expectante. Me repongo.

–Es muy amable por su parte.

Creo que estaba alabando los cambios en la tienda. No estoy seguro, pero la respuesta parece encajar, porque continúa:

–Y el mostrador encaja perfectamente aquí. Tessi tenía muchas ganas de verlo, por eso hemos venido. No es una gran lectora.

La mujer acaricia levemente la cabeza de su hija.

Miro fijamente la mano en el pelo; la pesada alianza de oro brilla en su dedo anular derecho. Estoy buscando una respuesta adecuada cuando Nora Vogt vuelve a intervenir:

–Hablando de ratones de biblioteca, ¿tiene ya una recomendación para mí?

Me vuelvo agradecido hacia ella. Me alegro de poder interrumpir la conversación con la mamá feérica. Sin embargo, en este momento casi preferiría salir corriendo. Porque ya me ha pasado antes: no amor a primera vista, no creo en eso, sino atracción a primera vista, deseo a primera vista, enamoramiento loco a primera vista. No quiero volver a experimentarlo.

2

La inauguración de la librería Lange –antigua librería Brandl– es todo un éxito. Las ventas del día de la inauguración son un cuarenta por ciento superiores a las de un sábado normal, y Christa Baumann y yo también vendemos más de lo habitual en las semanas siguientes. Sin embargo, no puedo decir si se trata de una tendencia permanente o de un efecto a corto plazo, porque la curiosidad por la nueva tienda empuja a los habitantes de Neukirchen a entrar en ella.

Estos no solo sienten curiosidad por mí, sino que también me acogen muy bien. Llevo más de dos meses viviendo aquí y me siento sorprendentemente como en casa, teniendo en cuenta que no me mudé de manera voluntaria. De todas formas, tampoco tendría mucho tiempo para arrepentirme de mi decisión.

Cuando no estoy en la librería –de lunes a sábado, de la mañana a la noche–, estoy reformando mi piso. Está encima de la librería y lo alquilé con ella. Como llevaba años vacío, cuando me mudé no estaba en las mejores condiciones. Desde entonces he arrancado los suelos viejos y he puesto suelo laminado, he instalado una cocina de Ikea y he pintado las paredes. Me ayudó a instalar la cocina Marco Brunner, uno de los tres carpinteros locales, que también construyó el nuevo mostrador de la librería. Me lo recomendó Christa Baumann, dijo que era el mejor.

Bueno, no puedo juzgar cómo son los demás carpinteros, pero Marco es muy bueno. Además, es un tipo muy agradable. Tiene, como yo, unos treinta años y es una de esas personas alegres que saben exactamente de dónde vienen y adónde pertenecen. Su familia posee, desde hace generaciones, una granja en Schönblick, el barrio más meridional de Neukirchen. Su hermano mayor se ha hecho cargo de la granja y Marco ha montado un próspero negocio

de carpintería en la propiedad. Tiene mujer y dos hijos, y es concejal por la CSU. A primera vista, no tenemos mucho en común, pero nos hemos hecho amigos porque compartimos una pasión: el voleibol. Mientras instalaba la cocina, Marco me habló del club deportivo de Neukirchen y me invitó a entrenar con el equipo de ocio para mayores de 30 años. Desde entonces, juego al voleibol todos los jueves. Como después vamos a tomar una cerveza a la bodega del ayuntamiento, ya conozco un poco a los otros jugadores; y hoy voy a conocerlos aún mejor, ya que voy de camino a la fiesta de cumpleaños de Marco.

Es el segundo sábado de mayo y hace demasiado calor para esta época del año. Veinticinco grados, sol, cielo azul brillante. Voy en bicicleta. Schönblick está a un kilómetro al sur de Neukirchen. Los lugareños dicen que los peces gordos se mudan allí, por lo que los Brunner también han de ser peces gordos. Marco afirma que es una exageración. Su familia vendió parte de sus tierras hace diez o doce años, y familias normales construyeron casas normales en ellas.

Poco después, mientras pedaleo por Schönblick, tengo que darle la razón a Marco. Aquí no hay grandes chalés, sino casas unifamiliares. Eso sí, casas unifamiliares grandes en parcelas grandes con coches grandes frente a ellas. De alguna manera se nota que están habitadas por parejas académicas con dos sueldos y de uno a tres hijos.

La casa de Marco tampoco es pequeña, tiene un tejado a dos aguas y un balcón envolvente del que cuelgan macetas de petunias y campanillas. Cuando llego, encuentro ante ella a un hombre de unos cuarenta años y a una adolescente, una chica guapa de dieciséis o diecisiete años de pelo largo, liso y castaño. Ella se ríe a carcajadas de algo que dice el hombre, con la cabeza echada hacia atrás. Pienso en Joelle y siento un dolor familiar. Por muy ocupado que esté en Neukirchen, es obvio que echo de menos a mi hija todos los días, y nuestras llamadas secretas semanales no son suficientes.

La chica me ve y su buen humor se evapora. Sonríe, le dice algo al hombre y desaparece por una verja que rodea la casa. El hombre viene hacia mí. Es Matthias, Mats para abreviar, nuestro entrenador de voleibol.

–Erik, me alegro de verte. Si hubiera sabido que venías, podríamos haber venido juntos. –Sonríe ampliamente, como casi siempre.

–No, gracias, después de cien metros solo habría visto una nube de polvo a tu espalda.

Esa es la pura verdad. Mats es profesor de educación física en el instituto de Neukirchen, y no de los que se limitan a dar instrucciones, sino de los que siempre van delante.

–Parece que no le caigo muy bien a tu hija –continúo mientras anclo la bici. Sé, por nuestras tardes en la bodega del ayuntamiento, que Mats es de Schönblick. Hace un año dejó a su mujer y a su hija –o ellas lo echaron, no estoy seguro– y se mudó a un piso de dos habitaciones encima de la bodega.

Mats niega con la cabeza.

–Marie no es mi hija, la mía solo tiene diez años. Marie es de Jens. Me ha pedido que hable con ella. Está enfadado porque ella se ha unido a Fridays for Future.

–¿Tiene algo en contra de salvar nuestro planeta?

–Se opone a que Marie falte a clase los viernes. Le preocupa su nota media, aunque solo esté en décimo curso.

Eso es típico de Jens, a quien también conozco del voleibol. Jens está obsesionado con el rendimiento. Es el único del equipo que prefiere un plan de entrenamiento detallado a un partido relajado.

–¿Y has conseguido algo con Marie?

Mats se quita la gorra de béisbol de la cabeza para pasársela por el pelo. Creo que lleva la gorra porque está empezando a quedarse calvo en la nuca, pero eso no lo hace menos interesante. Con el pelo desgreñado hasta los hombros y la barba poblada, parece alguien que ha dejado los estudios para abrir una tienda de surf en Hawái.

–Ni siquiera lo he intentado. La he hecho reír; apuesto a que la última vez que Jens lo intentó fue cuando tenía tres años. Bueno, vamos al mogollón.

Abre la puerta del jardín por la que Marie ha desaparecido, se adelanta por un camino empedrado y pasa junto a unos parterres de flores bellamente cuidados. Oigo risas y gritos y, al doblar la esquina de la casa, me doy cuenta de por qué Mats ha hablado de un mogollón. En el jardín de los Brunner hay unas cincuenta personas

reunidas en pequeños grupos, sentadas en bancos o tumbadas en la hierba. En una esquina se ha montado un bar provisional, junto a una mesa con una docena de platos de tarta. Es como un día festivo en una cervecería al aire libre, aunque Marco había hablado de una pequeña barbacoa con amigos íntimos.

Me asomo en busca del anfitrión y lo veo de pie con un grupo de gente. Un gigante canoso con el ceño fruncido, un adolescente con expresión malhumorada, una pareja mayor en traje tradicional y Nora Vogt con Pauline. Cuando nos acercamos, Marco nos hace señas.

–Erik, Mats, por fin está completo el equipo.

Parece que nos ha estado esperando con impaciencia, y me doy cuenta de que esa es una de las razones por las que me gusta Marco. Siempre hace todo lo posible para que los demás se sientan cómodos. En realidad, es más una cosa de mujeres, o de políticos. Quizá sea cierto lo que Mats sugirió una vez, que Marco tiene ambiciones de convertirse en alcalde en cuanto se jubile el actual.

Le entrego mi regalo, una botella de vino, y Marco me presenta a los demás invitados. El gigante de rostro adusto es su hermano Josef, quince años mayor que él, el adolescente huraño es su hijo Leon y la pareja mayor son sus suegros.

–Y Nora y Pauline –dice finalmente Marco–. Nora es...

–Ya nos conocemos. Hola, Erik, me alegro de verte. –Nora me saluda con besos en la mejilla, lo que me parece un poco excesivo después de un encuentro aislado. Luego, pasea la mirada por Mats, por su camiseta desteñida con un estampado de AC/DC, los vaqueros deshilachados y cortados, y las chanclas abiertas–. Mats, vestido para la ocasión, como siempre.

La sonrisa permanente de Mats se congela cuando lanza una mirada despectiva al escote pronunciado del vestido de cóctel de color rojo de Nora.

–Es que no todos necesitamos exhibir nuestras mercancías.

–Y lo dice el hombre que impone sus productos a todo el que se descuida.

–Al menos, mi mercancía tiene demanda. Hola, pequeña.

Esto último va dirigido a Pauline, que lo saluda con una mirada

de reproche. Me pregunto qué dice esa mirada sobre la relación de Pauline con Mats, pero entonces, bastante tarde, se me enciende la bombilla y Pauline no tarda en confirmar mis sospechas.

–Dijiste que vendrías a las tres, papá.

–Me he retrasado.

–Pero quería enseñarte algo.

–¿El qué?

–Ahora ya no te lo digo.

Pauline aprieta los labios para mostrar que habla en serio, y Mats reacciona con la típica mirada de padre molesto. No oigo más del debate familiar porque Marco me agarra del brazo.

–Y este es el resto de mi familia.

Me doy la vuelta y me congelo en una estatua de sal. Viola y Theresa, las hadas de la librería, cruzan el césped hacia nosotros. Están aún más guapas que cuando las conocí. Llevan vestidos de verano blancos y vaporosos, el pelo brillante al sol y coronas de flores, como si se dirigieran a una fiesta de solsticio sueca.

–Erik, mi esposa Viola, mi hija Theresa. Chicas, este es Erik Lange.

–Sí, nos conocimos cuando admirábamos el mostrador. –Viola me sonrío–. Me alegro de volver a verte.

Intento devolverles la sonrisa, pero compongo más bien una mueca de horror. No esperaba verlas aquí y, aunque he pensado en ellas varias veces en las últimas semanas, desde luego no quería encontrármelas. Y nunca se me ocurrió que pudieran pertenecer a Marco. No quiero ser malo; Marco es un gran tipo, pero nadie lo consideraría un hombre guapo. Apenas mide un metro setenta, tiene barriga y le queda como mucho la mitad del pelo. Al lado de su mujer, parece uno de los enanos de Blancanieves.

Me repongo.

–¡Hola! –Luego, miro a Theresa y repito–: ¡Hola!

También dice «¡Hola!». Tiene una de vocecita fina y jadeante, como muchas niñas de su edad. Parece tímida porque se limita a mirarme con seriedad y no dice ni una palabra más.

Vuelvo a mirar a su madre.

–Las coronas de flores son preciosas. ¿Las... las has hecho tú misma?

Está visiblemente encantada con el cumplido.

–Sí. Tessi vio hace poco un documental sobre las celebraciones del solsticio de verano en Suecia. Y, como soy florista...

–Viola trabaja en Anschnitt, en la calle Mayor –interviene Marco–, pero en realidad sueña con abrir su propia tienda.

–¿En serio? –pregunto en tono amable.

Viola inclina la cabeza hacia un lado.

–Bueno, es solo un sueño a medias. Quizá cuando Tessi crezca.

–Yo ya soy grande –susurra Theresa con prontitud.

–Claro, lo siento.

–Bueno, creo que Viola debería abrir una cafetería. Yo mataría por su rollo de fresa –interviene Mats, y le da un abrazo a Viola–. Estás estupenda.

–Gracias, tú también. –Ella se separa; bastante rápido, si lo estoy interpretando correctamente–. Hablando de rollos de fresa, creo que el primero ya se ha acabado. Tengo un segundo en la nevera, lo traeré rápido. Tessi, ¿puedes ayudarme?

Diez minutos más tarde, estoy sentado en un banco al fondo del jardín con un trozo de rollo de fresa y una taza de café. Después de conocer a la familia de Marco, quiero ordenar mis pensamientos en paz antes de mezclarme con los demás invitados, pero no me quedo solo mucho tiempo. Acabo de terminar mi segundo bocado de tarta cuando Nora Vogt aparece ante mí con un vaso de Aperol Spritz en cada mano. Me pone uno en la mano y brinda conmigo con el otro.

–Por Marco.

Choco los vasos con ella por obligación, pero solo le doy un sorbo a la bebida antes de dejarla y coger mi taza de café.

Nora se da cuenta.

–¿No bebes?

–Muy poco.

Levanta las cejas.

–Pero no eres exalcohólico, ¿verdad?

Me sorprende un poco esta conclusión.

–No, es que no me gusta mucho.

La primera mitad de la respuesta es verdad, la segunda es mentira.

Me gusta el alcohol; de hecho, me apetece una cerveza fría ahora mismo, pero después de aquella noche con Ralf, hace cinco meses, juré que no volvería a emborracharme.

–Bien –dice Nora–. Si tuvieras un problema con el alcohol, entonces me tendría que ir otra vez, porque pienso beber mucho. No soporto a mi exmarido estando sobria.

–No sabía que Mats era tu exmarido.

Ella levanta sus estrechos hombros.

–¿Por qué ibas a saberlo? Mats es un maestro en dejarse llevar y suprimir todo lo que podría impedírsele. Esposa, hija, compromisos en general. ¿Por qué iba a hablar de mí cuando hay tantos temas de más actualidad, como a quién se está tirando o dónde han abierto un nuevo club de *striptease*? –Sus fríos ojos se entornan mientras me sonrío–. ¿He dado en la diana?

Sacudo la cabeza a la defensiva.

–Claro que sí. ¿A quién se está tirando?

–No tengo ni idea.

–Entonces, ¿Mats quiere ir a un club de *striptease* contigo?

Por supuesto que lo niego, pero ella no me cree y tiene razón. De hecho, anteanoche, en la bodega, Mats nos habló maravillas de un nuevo club erótico en Neustadt y nos propuso ir juntos. No aceptamos.

Cambio de tema.

–¿A Pauline le gustó *Alicia en el País de las Maravillas*?

El día del estreno, le vendí a Nora el libro en versión bilingüe.

Nora frunce el ceño y las cejas. Su expresión crítica me recuerda a la de su hija.

–Le gustaba la historia en sí, pero su aprendizaje ha sido limitado porque siempre se centraba en el texto alemán. No debería haber comprado un libro bilingüe.

Esto último suena a reproche, como si yo tuviera la culpa de una compra monumentalmente mala. En cierto modo, es verdad. Cuando Nora preguntó por lecturas en inglés para Pauline, le señalé que un cuento clásico era demasiado para una niña de cuarto curso con solo dos años de clases de inglés.

–¿Y *Los testamentos*?

Nora se compró ese día la novela de Margaret Atwood.

–Me pareció excelente en su mayor parte. ¿No dijiste que tú también la habías leído? ¿Qué te pareció?

Pasamos los siguientes veinte minutos hablando de diversos aspectos de la novela ganadora del Premio Booker. Nora parece muy interesada en el tema, porque habla cada vez más rápido, gesticula mucho y está tan distraída con nuestra discusión que inconscientemente echa mano a mi Aperol Spritz.

–Vaya –dice al final, después de vaciar los dos vasos–. Ha sido muy divertido. No recuerdo la última vez que hablé con alguien que realmente sabe de libros. Probablemente, durante mis estudios. Filología Alemana y Empresariales –añade en respuesta a mi mirada interrogante.

–Entonces, ¿te gusta mucho leer?

–Me gusta, pero no leo mucho. Me falta tiempo. Dejé los estudios de filología porque se gana más con los de empresariales. ¿Y a ti?

–Me gusta y leo mucho, a pesar de la falta de tiempo. Eso viene con el trabajo, necesito saber qué puedo recomendar.

Nora asiente.

–¿Y qué pasa con otros intereses? ¿Teatro? ¿Cine? ¿Te gusta el cabaret político? La ganadora del Premio Bávaro de Cabaret viene a Neustadt el mes que viene. ¿Te gustaría ir conmigo?

La pregunta surge de la nada y dudo al responder. La conversación ha sido realmente emocionante y Nora es inteligente e ingeniosa, pero eso no significa que quiera pasar una velada entera con ella.

–¿No se agotaron las entradas hace mucho tiempo?

–Yo me encargo, tengo contactos. –Nora toma los vasos vacíos y se levanta–. Necesito suministros. Bueno, me ocupo de las entradas y me pongo en contacto contigo.

Se aleja contoneándose por el césped. Lleva tacones altos, pero se mueve con elegancia a pesar de dos cócteles y del terreno irregular. La miro irse, esperando que no tengamos una cita.

–¡Quédate sentado!

Estoy a punto de levantarme para socializar con los invitados cuando Jens se sienta a mi lado con un vaso de agua mineral en la

mano. No bebo mucho alcohol; Jens no bebe nada y envidio su capacidad para lograrlo en una sociedad donde la cerveza y el vino son de rigor. Cada jueves por la noche, en la bodega, tiene que escuchar chistes sobre su abstinencia, pero en lugar de sentirse incómodo y fuera de lugar, como me pasaría a mí, siempre habla de algún aspecto nocivo del consumo regular de alcohol. A Jens casi nunca se le acaban los argumentos sobre ningún tema y, las pocas veces que eso sucede, empieza de nuevo. Es de esas personas que tienen que discutirlo todo hasta el último detalle. El hecho de que dos personas puedan tener opiniones diferentes o incluso llegar a conclusiones diferentes basándose en el mismo conjunto de hechos es una de las muchas cosas que le resulta difícil de aceptar.

Incluso ahora parece que algo le preocupa, porque suspira profundamente después de tomar un sorbo de agua mineral.

–No puedo creer que esté diciendo esto, pero a veces me gustaría ser como Mats. ¿Cómo lo hace? –Apunta con el vaso hacia la parte frontal del jardín.

Sé inmediatamente lo que quiere decir. Mats ha sacado una tumbona de alguna parte y la ha colocado en el césped. Está reclinado en ella, con un vaso de cerveza en la mano derecha y un plato con un trozo de tarta balanceándose sobre la tripa. Media docena de jóvenes están sentados en el césped a su alrededor, entre ellos Marie, la hija de Jens, y Leon, el hijo de Marco. Mats está contando algo y los adolescentes escuchan cada una de sus palabras. Parece que Mats es el centro de atención, como si fuera un gurú con sus discípulos reunidos a su alrededor.

–¿Cómo lo consigues? –repite Jens–. Cuando hablo con Marie, a más tardar en la tercera frase me mira como si fuera un extraterrestre, y a más tardar en la quinta se desconecta mentalmente por completo, si todavía está en la habitación. Nada de lo que digo le llega. Marco siente lo mismo con Leon, pero Mats... ¡Míralo!

Miro a Mats, que parece haber llegado a algún punto. Hace una mueca y los adolescentes a su alrededor gritan de alegría.

–Probablemente, les estará hablando sobre temas que les interesan –especulo–. O está contando una de sus historias. Ya sabes cómo es Mats: un artista nato.

Jens niega con la cabeza.

–También llega a los niños con temas serios. Hace unos meses, Marie estaba muy muy triste porque le prohibimos participar en un estúpido concurso de modelos. Lloraba todo el día y se ponía agresiva cada vez que Sabine o yo le hablábamos. Entonces, Mats habló con ella y al poco era una persona nueva, estaba de mejor humor que nunca.

Estoy impresionado.

–¿Qué le dijo Mats?

–Él asegura que nada especial. Que solo hay que tomarse en serio a los niños y sus preocupaciones. Pero eso no puede ser todo. Yo tomo a Marie en serio, pero ella no me toma en serio a mí. Cuando me preocupo por su futuro o sus calificaciones, ella me dice que no es asunto mío.

–Bueno, entonces supongo que es la pubertad.

Jens reacciona con irritación ante la frase.

–Pubertad, eso dice todo el mundo. Pero eso solo se refiere al problema, no lo resuelve. No puedo dejar sola a Marie durante unos años y volver a hablar con ella cuando termine la pubertad. Para entonces, habrá suspendido el bachillerato y habrá arruinado todo su futuro y...

Desconecto cuando Jens empieza a dar vueltas sobre lo mismo. Si bien entiendo que esté preocupado por el futuro de su hija, creo que exagera. Hasta donde yo sé (pues él habla de ello bastante a menudo), Marie es una buena estudiante, pero eso a Jens no le basta. En mi opinión, debería estar agradecido de que Marie esté sana y de que él pueda participar en su vida. Yo daría lo que fuera por no tener que vivir a dos horas de Joelle.

Sin embargo, me abstengo de hacer comentarios y durante los siguientes minutos solo murmuro «Claro, claro» de vez en cuando mientras paseo la mirada por el jardín. Se ha llenado aún más. Marco habla con Christa Baumann y el alcalde. Viola ofrece café y pastel a sus padres. Su padre dice algo que la hace reír con ganas. Theresa fotografía la escena con un teléfono móvil. Me alejo de su vista y sigo mirando a mi alrededor. Nora termina otro Aperol Spritz; el grupo alrededor de Mats se dispersa cuando él se levanta. Mats

niega con la cabeza ante el comentario de una adolescente que lo adora abiertamente, luego Pauline se acerca a él y se lo lleva del brazo. Leon levanta a Marie y ella le da un puñetazo en el brazo de manera amistosa. Mi mirada sigue vagando, pero siempre regresa al mostrador de pasteles. Ahora Josef, el hermano de Marco, se ha unido a Viola y Theresa, por decirlo de alguna manera, pues se limita a permanecer junto a ellas y poner mala cara. Me pregunto si esa es su expresión habitual.

–Tierra a Erik. ¿Sigues ahí?

–¿Cómo? Lo siento, Jens, ¿qué has dicho?

Me giro hacia él y me sonrío con aire de suficiencia.

–Asegúrate de que Marco no te atrape.

–¿Cómo?

Jens señala el mostrador de pasteles.

–Marco tiende a ser celoso. ¿O es que esa mirada anhelante tuya no estaba dirigida a Viola, sino al pastel de frutas?

–Yo no... –Me trago el resto mientras la sonrisa de Jens se amplía y pregunto–: ¿Qué pasa con el hermano de Marco? ¿Tiene siempre esa cara de perro o es que odia las fiestas?

–Ambas cosas. –La expresión de Jens se vuelve seria–. Perdió a su mujer e hija hace un año. Triste historia. –Se queda en silencio por un momento–. Dime, ¿es cierto que tú también tienes una hija? Marco lo mencionó.

Me quedo sin aliento por un instante.

–Es cierto. Se llama Joelle.

–Pensaba que vivías solo.

–Vive con su madre en Altenstein.

–¿Estáis divorciado?

–Nunca nos casamos. –Como Jens parece inquisitivo, agregó–: Es una historia complicada. –Lo cual podría ser el eufemismo del año.

–Siempre lo es, ¿verdad? –Suspira Jens–. ¿Qué edad tiene tu hija?

–Quince años.

–¿Y le va bien en la escuela?

Reprimo un gemido.

–Creo que necesito dejar el café.

No se trata solo de una excusa, tengo que hacerlo de verdad, así que entro a la casa por la terraza. Pero, cuando unos minutos más tarde me lavo las manos en el baño de invitados, de repente no me atrevo a volver al jardín. Tal vez porque Jens ha hablado de Joelle y de la hija fallecida de Josef al mismo tiempo. Me miro en el espejo encima del lavabo y me pregunto qué diablos estoy haciendo aquí. Sí, he terminado en una hermosa ciudad y, sí, estoy en una fiesta con mucha gente majísima, pero no, no pertenezco. Estoy a dos horas de mi casa, de mi hija, de mis padres y de mi hermana, de mis amigos. A dos horas de mi vida. Excepto que esa ya no es mi vida, Tamara se aseguró de ello. Mi vida, ahora, está aquí.

Me seco las manos y me dejo caer contra la puerta mientras la depresión me hunde los hombros más y más. Me quedo así unos minutos y luego decido hacer lo único que puedo en esta situación. Salgo del baño de visitas y por la puerta principal de la casa. Saco el teléfono móvil del bolsillo trasero de los vaqueros, pero aparece un mensaje de texto antes de que pueda marcar el número de Klara. «¿Podemos hablar? Ralf». Elimino de inmediato el mensaje de texto de mi exmejor amigo. Ralf es el único con quien me apetece hablar aún menos que con Tamara.

Marco el número de Klara, pero no contesta. En su lugar, escucho su voz en el contestador e inmediatamente me siento mejor. Me sentiría aún mejor si pudiera hablar con Joelle, pero Tamara revisa su teléfono, así que acordamos que siempre me llamaría y luego borraría la llamada de la lista.

Vuelvo a guardar el teléfono. ¿Y ahora? Mi mirada se posa en mi bicicleta. Podría volver a mi apartamento encima de la librería, pero primero tengo que despedirme de Marco.

Pero, cuando me doy la vuelta para volver al jardín, veo a Leon en un banco frente a la casa. Está sentado tan quieto que ni siquiera lo había visto. Por el contrario, él debe de haberme visto, o al menos oído, pero me ignora y mira hoscamente el césped entre sus pies, la imagen de un adolescente frustrado en guerra consigo mismo y con el mundo. Se me ocurre que Leon tiene razón. La pubertad puede ser una época cruel, pero es especialmente cruel con él. Lleva aparato y tiene la frente cubierta de granos, solo parcialmente

ocultos por los mechones de flequillo de corte *undercut*. También tiene los ojos rojos, como si tuviera alergia.

Yo también quiero ignorarlo, pero algo en su expresión me conmueve. Leon parece menos gruñón que infeliz. Obedeciendo a un impulso, le hablo:

—Hola. Leon, ¿verdad?

Él no reacciona, solo levanta la cara con bastante ímpetu.

—¿Todo bien?

Sigue sin responder, y me doy por vencido.

—Bien, entonces...

En ese momento, Leon se levanta de un salto.

—Todo estaría bien si no existieran viejos pervertidos como tú.

Luego, me empuja a un lado y sale corriendo hacia el bosque, que comienza justo detrás de la casa de los Brunner.

Lo miro alejarse, perplejo y un poco preocupado. Viejo, vale, pero ¿pervertido? ¿A qué se refiere Leon con eso? ¿Qué quiere decir? ¿O es ahora pervertido un insulto de patio de colegio no específico y sin contenido, como maricón?

Vuelvo pensativo al jardín, donde busco a Marco en vano. En una de las mesas, Viola y Nora están hablando con Jens y una pelirroja de aspecto maternal, presumiblemente su esposa. En otra, Mats levanta un vaso de cerveza de trigo y brinda con unos cuantos jugadores de voleibol. Decido unirme a ellos cuando escucho voces que discuten a mi derecha. Un camino pavimentado con losas de piedra serpentea entre unos arbustos de grosellas y frambuesas. Lo sigo y me encuentro en un huerto de frutas y verduras. Pauline y Theresa discuten bajo un manzano en flor.

—No te lo voy a decir.

—Pero eso es injusto. También es asunto mío.

—Él dijo que no era asunto de nadie. Es su secreto.

—Pero yo quiero saberlo. ¡Enséñamelo! —Pauline intenta quitarle algo a Theresa, pero esta aparta la mano.

—No.

—¡Sí!

—¡No, ay, basta!

—Pero yo quiero...

En ese momento, Pauline se da cuenta de mi presencia y se detiene. Theresa aprovecha la oportunidad y huye. Cuando pasa a mi lado, veo que tiene un teléfono móvil en la mano.

Pauline me mira con reproche.

–¡Era una conversación privada!

–No podía saberlo. ¿Está todo bien?

Lo pregunto porque Pauline parece acalorada y despeinada. El cordón de su zapatilla izquierda está desatado y su camiseta está medio por dentro y medio colgando. Ella frunce el ceño.

–Tessi tiene un secreto y no quiere decírmelo.

–Bueno, es lo que pasa con los secretos. Si se los cuentas a todo el mundo, ya no son secretos.

–Pero también es asunto mío.

La respuesta no me sorprende, pues Pauline cree, básicamente, que todo es asunto suyo. Estoy pensando si debería hacer de pedagogo y explicarle que incluso su mejor amiga tiene derecho a la privacidad, pero no tengo ganas de hacer el trabajo educativo de Mats y Nora. En ese momento, poso la mirada en la parte superior del brazo de Pauline.

–¿Qué tienes ahí?

–Nada –dice, y rápidamente se baja la manga de la camiseta.

–Sí es algo. Es un moretón bastante grande.

–No lo es.

–Sí lo es. ¿Qué te ha pasado?

–¡No es asunto tuyo! –Y echa a correr de regreso al jardín, dejándome allí parado.